



DESDE LA DIÁSPORA

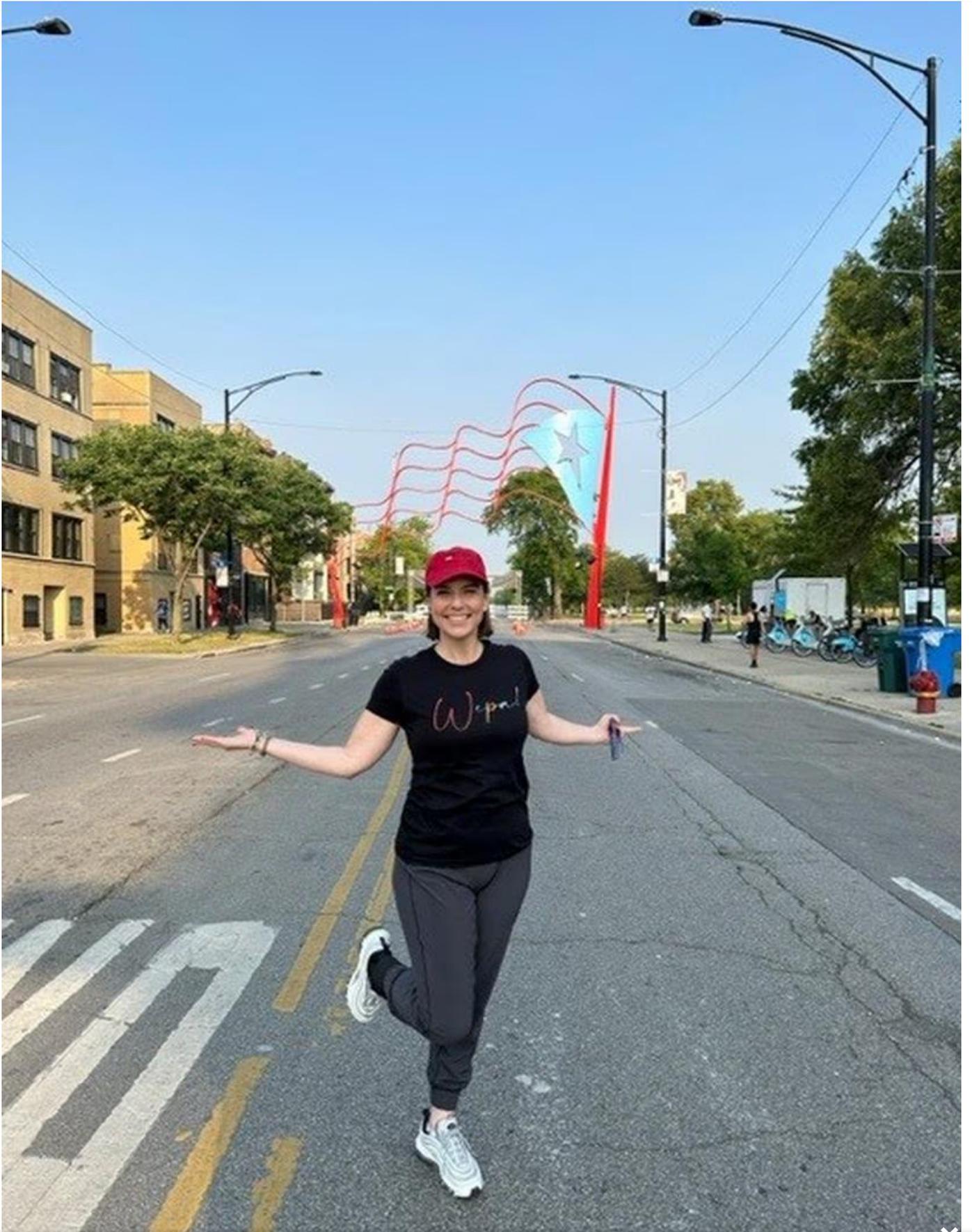
Por Ana Belaval

viernes, 23 de junio de 2023

De puertorriqueña a boricua gracias a la diáspora de Chicago

“Es que yo nací y me críe en Puerto Rico”. Así me distinguía durante años de aquellos “otros boricuas” de la diáspora que se fueron de la isla cuando eran apenas niños o que no nacieron en ella, pero cuyos padres eran puertorriqueños de pura cepa, como yo. Por más tiempo del que me gustaría admitir, me fijaba en las diferencias entre los de acá y los de allá, quizás para no sentirme tan desconectada de Puerto Rico.

Y es que somos diferentes: en Puerto Rico hablamos el español de la isla, no tenemos que luchar por encontrar los ingredientes para el sofrito porque los tenemos en el patio y ningún compatriota en la isla nos dice “qué raro, tú no pareces puertorriqueña”. Bueno, a mí sí me lo decían por aquello de que soy más “jincha” que un papel. Pero **nacer y criarme en Puerto Rico, por lo menos a mí, me lanzó al mundo segura y orgullosa de mis raíces.**



Me fui a vivir a Estados Unidos cuando tenía 21 años porque quería ser reportera de televisión y en Puerto Rico no había plazas disponibles. La oportunidad surgió en Chicago, a cuatro horas y media de la isla por avión. Esta es una de esas ciudades donde el invierno dura como medio año. Pero yo tenía un sueño que Chicago prometía ayudarme a alcanzar, así que agarré mis tres maletas y me fui.

Yo había vivido en Estados Unidos mientras estudiaba en la universidad, por lo que no esperaba un choque cultural muy drástico. Pero cuando estaba en la universidad en Washington, D.C. sabía que regresaría de vacaciones a casa en Puerto Rico cada tres meses; y que mi estadía era temporal. En Chicago comenzaba mi vida de adulta y **el regreso a Puerto Rico no estaba garantizado**. Creo que por eso la nostalgia, el “homesickness” por la isla me dio tan duro.



Ana Belaval durante un reportaje en la comunidad boricua de Chicago. (Suministrada)

Afortunadamente, trabajaba en Univisión Chicago, donde muchos de mis compañeros eran latinos. Así que tenía esa conexión cultural que me hacía sentir menos alejada de la isla.

Y en esa búsqueda me encontré con los “otros boricuas”; sí, esos que yo juraba que no eran como yo porque no sabían lo que era ser un “puertorriqueño de verdad”, uno de la isla, que se raspa la temporada de huracanes, la falta de luz y el calor infernal. Los que aprendieron de sus padres la historia que yo viví en carne propia en suelo borincano.

Lo que no sabía yo es que ellos serían mi salvación en los días más grises del invierno interminable de la Ciudad de los Vientos. Y que no solo se convirtieron en mi segundo hogar, sino que **aprendería de ellos a ser aún más puertorriqueña.**

Empecemos por el vecindario más puertorriqueño de Chicago, Humboldt Park, que tiene las dos banderas más grandes del mundo que marcan el Paseo Boricua en la avenida Division. Con eso ya sientes que estás entrando a territorio boricua. El sabor a casa me lo dan los restaurantes, pero más aún, el saludo a toda boca en plena calle con ese tono nuestro: **“¡Ana, buenos días! ¡Que Dios te bendiga!”**

Pero lo que más me ha sorprendido es **cómo he aprendido con los boricuas de Chicago sobre nuestra historia y cultura.** Para no ser la comunidad puertorriqueña más grande de Estados Unidos estamos, en mi opinión, entre las que más buscan preservar y educar sobre nuestra historia y cultura. En Chicago están el Centro Cultural Puertorriqueño, el Centro Segundo Ruiz Belvis, la Escuela Pedro Albizu Campos, la Escuelita de Bomba y el único Museo Nacional de Arte y Cultura Puertorriqueña. Eso por mencionar algunos de los lugares a donde puedes ir, no solo a encontrar el calor boricua, sino a aprender aspectos de nuestra historia que no sabías porque no te los enseñaron en la escuela o porque no prestaste atención.

Igual que en la isla, en Chicago hay puertorriqueños de todas las ideologías. Pero tienen en común que aman a Puerto Rico y. **quizás porque no tuvieron la dicha de nacer y criarse en la isla, quieren empaparse lo más posible de su cultura.** Además, desean educar a los demás de la manera más respetuosa sobre nuestra complicada, pero maravillosa historia.

Después de 27 años viviendo en Chicago, ya no veo la necesidad de aclarar qué clase de puertorriqueña soy. Es más, me enorgullece decir que, **gracias a los de Chicago, soy boricua de verdad.**

LEE MÁS:

SOMOS PUERTO RICO EN CHICAGO

(<https://www.elnuevodia.com/topicos/somos-puerto-rico-en-chicago/>)

Guías de Opinión

Las columnas deben enviarse a la subdirectora de Opinión, Leonor Mulero, a leonor.mulero@gfrmedia.com. Las columnas tienen que ser de 300, 400 o 500 palabras. Al enviarnos su columna, el escritor concede a GFR Media una licencia exclusiva, perpetua, irrevocable, sublicenciable, mundial y libre de regalías para reproducir, copiar, distribuir, publicar, exhibir, preparar obras derivadas, traducir, syndicar, incluir en compilaciones u obras colectivas, y de cualquier otro modo de forma general utilizar su columna (en todo o en parte), sin reserva ni limitación alguna, en cualquier medio (incluyendo pero sin limitarse, a las versiones impresas o digitales o en los sitios web o aplicaciones móvil del periódico El Nuevo Día), forma, tecnología o método conocido en el presente o que sea conocido, desarrollado o descubierto en el futuro. El autor acepta que GFR Media, LLC, podría cobrar a los suscriptores las versiones digitales, sitios web o aplicaciones móviles de GFR Media por el acceso a la columna.
